

ABAJARSE PARA DEJAR ENTRAR

Queridos diocesanos:

Nuestro plan de pastoral nos pide crecer como Iglesia de puertas abiertas, pero hemos de ser muy conscientes de que estar abiertos a todos no significa aceptar acríticamente lo que piense el mundo que nos rodea. Estar abierto significa, más bien, hacerse transparente, ser cristal penetrable para que Jesús, que es la luz, pueda brillar en medio de este mundo.

Ahora bien, sólo podremos reflejar a Cristo si escogemos, como él, el camino del abajamiento (de la “kénosis”). Hemos de recorrer el largo camino del olvido de sí, para que nuestro “yo” no oscurezca demasiado la luz que procede de Cristo. Cuanto más aprendamos a minimizar nuestro ego, seremos mejores indicadores de la fuente de toda ternura y de toda bondad. Nuestra tarea es reflejar el amor desinteresado de Dios, un amor que le condujo a abajarse: “siendo de condición divina” –dice San Pablo- “se despojó de sí mismo” (Filip 2, 6-7). Pero sólo podremos mostrar el amor de Dios si aceptamos renunciar a nosotros mismos (cf. Mt 16, 24) y si, siguiendo a Jesús, aprendemos a lavar los pies de los demás y a ser para ellos pan partido.

Para que muchos puedan entrar, es preciso abajarse. Lo hemos de hacer cada uno personalmente: ser humildes, agacharnos para servir y renunciar a toda tentación de poder y dominio. Y lo tienen que hacer nuestras parroquias. Nuestras comunidades deben ser un correctivo frente al mundo del poder. Jesús hablaba a sus discípulos del dominio que los grandes del mundo ejercen sobre sus súbditos y les decía: ¡que no sea así entre vosotros! (cf. Lc 11, 24-27). ¡Que nunca el deseo de dominio o de poder destruya la fraternidad y solidaridad entre nosotros! No podemos ceder ante la lógica del mundo

Esto nos exige luchar de un modo paciente y constante contra el demonio de la egolatría, tan presente en nuestro mundo. Y nos pide, sobre todo, salir de nosotros mismos. Saliendo hacia Dios y hacia los otros podremos dejar lugar para que Cristo ocupe el centro de nuestro ser y, de esta manera, dejaremos que su luz llegue a través nuestro a muchas personas.

Ser iglesia de puertas abiertas es, por tanto, ser Iglesia que no se pone a sí misma en el centro y que se comprende sólo en el servicio a Dios y a los hombres. Abrimos las puertas de nuestras comunidades cuando no andamos con pretensiones de dominio y nos ponemos a la búsqueda de los últimos, de los olvidados por nuestras sociedades del bienestar. Abrir las puertas es no considerarse nunca un fin, sino sólo un instrumento y, por ello, no presentarse ante los hombres como algo absoluto, sino sólo como un camino que se recorre muchas veces en medio de debilidades, pobrezas y contradicciones. Una Iglesia prepotente y muy segura de sí misma provoca el rechazo. Sólo una Iglesia humilde, que sea capaz de abajarse, será lugar acogedor donde muchos encuentren su casa.